

está aquí... venid pronto. El coche ha entrado en el patio.

Baron. Me permitireis, doctor, que salga al encuentro de ese huésped, con el cual tengo que tratar de un negocio muy importante; es un forastero que viene á pasar algunos dias en este castillo.

Gervé. Haced lo que gustéis, señor: solo os suplico me dejéis permanecer por algunos instantes mas al lado de vuestra hija.

Baron. Como queráis.

ESCENA X.

EL DR. GERVÉ Y ALIZA que permanece distraida y sentada.

Gervé. *Aparte, contemplándola.* Cuánta debilidad!... Cuánta tristeza! *se acerca á Aliza*.... Tengo una hija de vuestra edad, señorita, víctima de la misma dolencia; pero lo que mas me desconsuela es la indiferencia con que mira su mal; no habla de él á nadie, sufre en secreto, mientras que su enfermedad la va aniquilando todos los dias.

Aliza. *Sin mirar al doctor*.... Ah!

Gervé. No estrañaré que criada en el campo eche ménos los placeres que brindan las ciuda-

des, los bailes, los espectáculos, el fausto; debe vivir en una atmósfera de fastidio. *Aliza sin mirar que cabizbaja deshojando las flores sin mirar al doctor*.... Solo me queda una esperanza; voy á casarla. Ama apasionadamente á un jóven tan enamorado y bello como ella. Quizá esas dos criaturas, una vez unidas, hallarán la alegría y la felicidad.... Se aman tanto!... *A estas últimas palabras Aliza levanta súbitamente la cabeza, deja caer las flores que tiene en la mano y fija su vista en el Dr. Gervé.* Al notar el efecto que han producido en Aliza sus últimas palabras, cambiando bruscamente de tono. Señorita, es ya algo tarde, y debemos ir á reunirnos con vuestro padre.

Aliza. Aquí viene con un caballero. *Indicando una puerta lateral,* Dejadme ir por un momento al jardin. *Se va por la puerta del fondo.*

ESCENA XI.

EL DR. GERVÉ, EL BARON Y EL MARQUES DE NIEVREMONT.

Baron. *A Nievremont.* Me cabe la satisfacción de presentaros al Dr. Gervé, hombre de grandes conocimientos en la medicina.

Gervé. *Saludando á Nievremont.* El deseo de corres-

ponder á sus bondades, mas que otra cosa, me constituye obligado á servir con mis pobres lucés al Sr. Baron y á todos sus amigos.

Niev. Admito gustoso vuestra franca oferta, y despues de descansar de las fatigas del viaje, espero tendremos ocasion de estrechar esta amistad que ha principiado bajo tan buenos auspicios.

Baron. Habeis hablado á mi hija, doctor?

Gervé. Sí señor; y creo que con grandes precauciones será fácil restablecer esa juventud algo aniquilada: no obstante, quisiera me permitiérais haceros algunas observaciones.

Niev. Señor Baron, ruegoos dejes que me retire al cuarto que me habeis hecho preparar.

Baron. Me permitireis que os conduzca á él.

ESCENA XII.

EL DOCTOR GERVÉ.

Gervé. *Sentado.* Serán infundadas mis sospechas!... Saldrán fallidos mis recelos!... No; el efecto que han producido en ella mis palabras, me deja penetrar en su corazon.... *Queda sepultado en la mas profunda meditacion.*

ESCENA XIII.

EL DR. GERVÉ Y EL BARON *que le sorprende en su cavilacion.*

Baron. Y bien, doctor, qué significa esto?... en qué estais pensando?

Gervé. En vuestra hija.

Baron. Hablad con franqueza; *sobresaltado.* Estamos solos; sentaos. *Se sientan.*

Gervé. Vuestras inquietudes eran infundadas, os lo repito; nada hay que temer por ahora; digo por ahora, Sr. Baron, porque no debo ocultaros que la organizacion de vuestra hija es delicada, fácil de impresionarse, y no está, creo, enteramente escenta del mal funesto que ha sembrado tanto luto á vuestro alrededor; esa jóven necesita de apoyo, de tranquilidad, de calma.... de calma, sobre todo; y estas precauciones son tanto mas necesarias, cuanto que esos seres enfermizos por su misma debilidad se afectan con gran viveza de las mas insignificantes impresiones. La señorita Aliza es jóven; su vida conserva aun cierto grado de vigor á pesar de su aparente palidez; y todo me induce á creer que el gérmen del mal con que vino al mundo

podrá aniquilarse, sometiéndola á un estricto régimen curativo; pero es necesario alejar de ella todo trabajo serio que pueda absorber demasiado su atencion y fijar sus ideas de un modo absoluto. Os prescribiré el régimen de alimento que es menester seguir con la mayor regularidad. Ahora debo llamar vuestra atencion sobre un punto que no debo descuidar.

Baron. Impaciente, acercando su silla á la del doctor.
Qué quereis decir?

Gervé. He creido siempre que la ciencia del médico no consiste solo en estudiar el mal que se desarrolla á sus ojos y en buscar los medios de combatirlo; porque la medicina no basta para curar las dolencias del cuerpo cuando estas provienen de los sufrimientos del alma. Nosotros, médicos de aldea, que vivimos casi siempre en familia con todos los vecinos, nos vemos á menudo precisados á curar un mal por el descubrimiento de un secreto; aprendemos á conocer las íntimas relaciones que ecsisten entre la vida del cuerpo y la vida del corazon.

Baron. Qué!... creeríais, doctor?

Gervé. Créo, Sr. Baron, que la señorita Kervelane ha llegado á aquella edad en que el corazon es el eje de la ecsistencia; no he hallado nada

en los síntomas de la enfermedad exterior que pueda causar esa palidez, esa tristeza; nada, en fin, del mal que temíais, que pueda producir ese abatimiento casi continuo, y esa melancolía dolorosa de que me habeis hablado.

Baron. Sorprendido. Nada decis?

Gervé. Entónces me he consultado á mí mismo; me he preguntado si alguna causa oculta, desconocida, podria producir tan tristes efectos en aquella débil organizacion; y he llegado á creer...

Baron. Con arrogancia. Qué habeis creido?

Gervé. Con resolucion. Que la señorita Kervelane alimenta un secreto que oculta á su padre.

Baron. Con enfado. Os habeis engañado.

Gervé. Con énfasis. Tal vez, Sr. Baron: el error es el patrimonio de la triste humanidad, y yo no pretendo ser una escepcion de esta regla tan generalmente conocida; uno de los dos se engaña en este instante; el porvenir decidirá (*con calor*); pero yo he venido á vuestro llamamiento, y debo hablaros con la franqueza que me caracteriza; ruégoos, pues, que no me interrumpais; no me espresaré en términos pomposos, pues no debéis ignorar que no soy mas que un médico de aldea; iré al caso sin rodeos. Se trata, Dios mediante, de salvar á

vuestra hija que estais en peligro de perder, como habeis perdido á su madre y como habeis perdido á su hermana; se trata de emplear todos los medios posibles para librarla de tan cruel destino, y esta idea, Sr. Baron, creedme, debe dominar todo orgullo y toda susceptibilidad. Vuestra hija sufre, se enflaquece, se debilita de dia en dia; las preguntas que le he dirigido, la han llenado de turbacion; al fijar en ella mis miradas se apresuraba á ocultar el rostro; por último, en lugar de coadyuvar al descubrimiento del origen de su enfermedad, solo ha tratado de desviarme del camino que debia conducirme á ello; ya veis que estos no son los sentimientos de un enfermo. Consultad vuestros recuerdos; recorred uno por uno los años de esa ecsistencia tan tierna y quizás hallaréis la verdadera causa de ese abatimiento que tanto os sobresalta; quizás esa alma, ese cuerpo tan gastado, abriga algun sentimiento violentamente comprimido!.... una esperanza destruida.... un sueño juvenil demasiado pronto disipado.... qué sé yo!.... las jóvenes de su edad sueñan tanto y tan á menudo!.... por último, alguna cosa atormenta y domina en secreto á esa débil criatura. Recapacitad detenidamente sobre ello; la vida de esa hija

tan amada depende de vuestra resolucion: *con gravedad*. Ved aquí, Sr. Baron, lo que mi conciencia me prescribia deciros.

Baron. Con afabilidad. Os quedo sumamente agradecido á la franqueza con que me habeis hablado; tal vez teneis razon; y como estoy seguro de que mi hija solo puede ocuparse de objetos dignos de ella, la sondearé y....

Gervé. Interrumpiéndole. Prudencia sobre todo.

Baron. Me granjearé toda su confianza y afecto; y cualquiera que sea el sacrificio que ecsija de mí, la complaceré, doctor, estad seguro de ello.... qué me importan los proyectos que yo haya podido formar!.... la vida de mi hija es mi vida, es el porvenir y consuelo de mi vejez... Habeis dicho, doctor, que su ecsistencia depende de mi resolucion?

Gervé. Puede ser, *despidiéndose.* Señor Baron, el deber me llama á otra parte; espero que tendréis pronto la dicha de ver enteramente restablecida á la señorita Aliza.

Baron. Acompañándole á la puerta. Os suplico no tardeis en volver por acá.

Gervé. Luego que haya visitado á mis enfermos.

ESCENA XIV.

EL BARON Y ALIZA *que entra por la puerta izquierda.*

Baron. Aliza!.... Aliza!

Aliza. ¿Qué quereis, padre mio?

Baron. Ven, Aliza mia; tengo que hablarte; no ignoras la ternura y solicitud con que procuro satisfacer tus deseos, todos tus caprichos.

Aliza *se arroja en los brazos de su padre.* El Dr. Gervé cree que la causa de tu taciturnidad proviene de un secreto que ocultas á tu padre. *Coje entre sus dos manos la cabeza de su hija, fija la vista en su rostro, y dice:* ¿No me respondes, hija mia?

Aliza. *Balbuente.* El Dr. Gervé está en un error.

Baron. De dónde nace, pues, tu languidez?

Aliza. Yo!.... yo!.... os engañais; nada me aflige. No teneis porque alarmaros así.

Baron. *Con afectuosidad.* Querida Aliza; Dios, cuyos arcanos debemos respetar, te ha arrebatado á tu madre, luego á tu hermana, y te ha dejado, pobre criatura, sola, sin mas apoyo que tu padre. Tienes ya diez y ocho años, y existen sentimientos de que no quiero hablarte, porque seria suponer que los ignoras ó que no puedes comprenderlos. Acuérdate,

hija mia, de que no hay afecto mas profundo é inalterable, ni corazon mas digno de confianza que el de un padre.

Aliza. *Sollozando.* Oh.... ya lo sé.... ya lo sé.

Baron. No debes ignorar que cifro toda mi dicha en tu felicidad y en conservar ileso el honor de mis antepasados. Criada en este castillo, entre todos estos recuerdos, *señalando los retratos,* orgullo de nuestra familia, estoy seguro, Aliza, de que no puedes abrigar en tu corazon ningun sentimiento capaz de mancillar el nombre esclarecido que nuestros abuelos nos han legado; habla pues, hija mia, estoy pronto á llenar todos tus deseos.

Aliza. *Arrojándose de nuevo en sus brazos.* Oh.... padre querido!.... nada receleis.... mi corazon no abriga otro sentimiento que un acendrado amor por vos.... por vos solo, que sois mi ángel tutelar; *con forzada sonrisa.* No veis?.... cuando estoy á vuestro lado la tristeza se aleja de mí.... *le coje la mano.* Venid, venid.... me siento débil.... necesito tomar algun alimento y quiero que me acompañeis.... Despues os cantaré las trovas que tanto os divierten; ¿estais contento?

Baron. Bien, hija mia, *aparte.* (Bien decia yo!)

Aliza. Vamos, vamos.

Baron. *Dándole la mano.* Hechicera criatura.

ESCENA XV.

EL DESCONOCIDO *reconociendo el lugar con sobresalto.*

Desc. Á media voz. Nadie! al fin voy á ver realizadas mis esperanzas, *señalando el armario.* Allí! allí están sepultados los quinientos mil francos del difunto Rodolfo de Nievremont!... Todo me favorece.... Murf debe alejar de aquí á los criados.... Fort está apostado en el jardín.... ánimo.... mi golpe magistral es este.... *se dirige resueltamente al armario; toca un resorte y queda abierto; saca de él una arquilla que abre con la llave de que está provisto; se apodera de una cartera que contiene algunos papeles; en seguida deja en la arquilla la cartera vacía; la cierra, toca el resorte y queda también cerrado el armario; esta escena debe hacerse con rapidez dirigiendo alternativamente la vista á las puertas laterales, con gran sobresalto.*

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

EL AMOR FILIAL.

La escena figura la misma habitacion del castillo del Baron de Kervelane.

ESCENA I.

EL BARON DE KERVELANE Y EL MARQUES DE NIEVREMONT;
el primero debe tener pendiente de su cuello con una cinta, una llave pequeña; y el segundo debe salir provisto de un anillo, en una cajita, y además de algunos papeles.

Baron. Os esperaba con impaciencia, Sr. Marques, puesto que vuestra llegada debe ponerme á cubierto de la responsabilidad que pesa sobre mí hace muchos años; la vida del hombre está espuesta á tantas alternativas, que un depósito de la naturaleza del que me ha sido confiado, aleja la tranquilidad, y muy á menudo turba el sueño del depositario. Me permitiréis, pues, tener el honor de poner en